

**COMUNICADO DEL CURSO ANUAL MÉXICO 1917-2017. CUARTO
MÓDULO: LA DÉCADA DE 1950. EL GOBIERNO DE LOS PRESIDENTES
MIGUEL ALEMÁN VALDÉS Y ADOLFO RUIZ CORTINES**

SÉPTIMA SESIÓN: EL GOBIERNO DE ADOLFO RUIZ CORTINES

POR EL LIC. JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ PRATS

23 DE MAYO DE 2017



(Juan José Rodríguez Prats)

Comencé a estudiar a Adolfo Ruiz Cortines porque me convenció una frase que le escuché a don Jesús Reyes Heróles, quien me dijo un día de 1973: “véngase Juan José, acompañeme al funeral de mi maestro, don Adolfo Ruiz Cortines”. Me impresionó que el maestro tuviera un maestro y lo dijera públicamente. A partir de ahí, comenzó mi interés por mi personaje biografiado, aseguró Juan José Rodríguez Prats, esta tarde, en INEHRM, en la última conferencia del curso México 1917-2017, la década de los 50, el gobierno de los presidentes Miguel Alemán Valdés y Adolfo Ruiz Cortines.

Mi primer encuentro con don Adolfo, recordó Rodríguez Prats, fue precisamente en el homenaje póstumo dos días después de su muerte, el 5 de diciembre de 1973, donde escuché las palabras de Mario Moya Palencia quien dijo, más menos, que Ruiz Cortines había alcanzado el más elevado de los cargos públicos, pero si algún título le complacía era el de ciudadano. En el simbolizaba su concepción de la vida, en el sentido de la historia de su patria y el móvil de su quehacer en las realidades mexicanas. Ser ciudadano era para don Adolfo grado, profesión y vocación, subrayó.

El biógrafo de Ruiz Cortines señaló que no hay método infalible ni podemos acariciar nostalgias hacia fórmulas del pasado. Sólo nos queda nuestra intuición para, analizando las diversas opciones, percibir la mejor aproximación para ejercer el poder y digo esto, porque eso me lleva a recordar a don Daniel Cosío Villegas y su calificación del estilo personal de gobernar de don Adolfo, a quien lo denominaba “el modito”. Ese “modito” de decir las cosas, que lo caracterizaba para convencer, refirió Rodríguez Prats.

El también autor de La Política del Derecho en la Crisis del Sistema Mexicano afirmó que quizá el menos demagógico de los últimos gobiernos sea, a pesar de su fama de viejo marrullero, el de don Adolfo Ruiz Cortines. Austero en todos los órdenes, parco en el uso de la palabra, con gran respeto a su investidura, siempre preocupado por ser congruente. A uno de los “jilgueros” que destacaba con exuberancia sus virtudes durante la campaña política, le dijo: “El elogio en boca propia es vituperio”. Recomendaba a todo su gabinete un gran cuidado en su comportamiento.

¿Quién era pues Adolfo Ruiz Cortines?, se preguntó Juan José Rodríguez Prats, y entre anécdotas y recuerdos entreverados, aseveró que fue un hombre congruente con pronunciados contrastes en el devenir de su vida. Hombre cuya infancia y juventud transcurrieron en la dictadura; cuya madurez se dio en medio del conflicto social y político más intenso vivido por la

República en los últimos lustros de su historia, y cuya participación política corresponde con un sistema desde de su gestación hasta definir todos sus elementos. Con él tal vez llega a su periodo de mayor consolidación por la estabilidad política alcanzada y por el desarrollo económico sostenido. Así, pues, una vida tan rica en experiencia, una vida que corre paralela a los grandes cambios que se dan el país, tenía que reflejarse en una vida contrastante.

Mi biografía sobre Adolfo Ruiz Cortines, cuyo título es El poder presidencial, comentó Rodríguez Prats Ruiz, tiene para mí un valor fundamental: el haber podido incorporar a ella el punto de vista de los últimos ruizcortinistas vivos, por medio de entrevistas a un grupo de 25 personajes, a quienes enlisto al final del libro, recuérdese que la escribí en los años ochenta y la publiqué por primera vez en 1992, entre ellos a Fernando Román Lugo, Antonio Ortiz Mena, Flavio Romero de Velasco, Hesiquio Aguilar, Carlos A. Madrazo, Manuel Calderas, por mencionar algunos, puntualizó.

Otros rasgos distintivos, resaltó Rodríguez Prats, sobre Ruiz Cortines fueron: a pesar de ser de pensamiento conservador, creó instituciones revolucionarias; presumía de sencillo, pero gustaba de ocultarse en un halo de misterio; se decía de ideología liberal, pro no estimuló la vida política, ni impulsó la división de poderes por creer que se incurriría en su ineficiencia, ni alentó la vida democrática por dudar de sus resultados y considerarla ajena a la cultura política mexicana.

El político distinguió más características de la personalidad de don Adolfo: fue un autodidacta, pero en todos los puestos que desempeñó fue manifiestamente satisfactorio; no fue maestro, pero algunos políticos formados por él se sintieron siempre sus discípulos; no fue practicante de religión alguna, pero su condición de supersticioso lo hizo esclavo de amuletos y prácticas atávicas, concluyó el biógrafo de Ruiz Cortines.